



NEIL GILLMAN

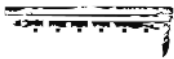
Fragmentos sagrados. Recuperando la teología para el judío moderno

Traducción de Laura Moreno, revisión de Romina Yalonetzky de Sabbagh, Lilmod, Buenos Aires, 2008, 322 pp. (Sacred Fragments. Recovering Theology for the Modern Jew, Jewish Publication Society of America, Philadelphia, 1992)

El título de esta obra del profesor Neil Gillman hace referencia a un comentario talmúdico según el cual, en el arca en que se habrían guardado las tablas de la Ley, también se habrían conservado los fragmentos de las primeras tablas rotas por Moisés: “La homilía rabínica (Talmud Babilónico, tratado Baba Batra 14 b) leyó las dos últimas frases del pasaje muy cuidadosamente y atrajo nuestra atención al significado preciso de la palabra “las” del último verso. ¿Qué es lo que debe ser depositado en el arca?” (p. 42). Gillman se vale de esa metáfora de la conservación para introducir su propósito de recuperación, como dice el subtítulo, de “la teología para el judío moderno”. El objetivo de la obra es, por tanto, ofrecer la oportunidad de seguir las diversas líneas de interpretación del judaísmo en el marco del pensamiento de nuestro tiempo. Como indica su autor, los grandes pensadores habrían estado presentes a lo largo de la historia judía y dejado su huella en la manera en que el judaísmo se ha reinterpretado a sí mismo, en especial en el siglo XX: “Maimónides estaba relacionado con Platón y Aristóteles. Yehuda Halevi con David Hume y John Locke, Martin Buber y Franz Rosenzweig con Kierkegaard, Abraham Joshua Heschel con Rudolf Otto y los fenomenólogos de Europa continental; y Mordejai Kaplan con John

Dewey, William James y los pragmáticos estadounidenses”. Esa reinterpretación habría permitido distinguir al autor en la actualidad la postura tradicionalista, asociada a los nombres de Norman Lamm y Raphael Hirsch, de la postura naturalista de Mordecai Kaplan. Así, respecto a la revelación, que resulta prioritaria, la postura tradicionalista mantendría que la Torá debía aceptarse literalmente como la palabra pronunciada y dirigida por Dios a su pueblo; conforme a ello, no se trataría, según habría apuntado Hirsch, de elevar la Torá a los tiempos, sino de elevar los tiempos a la Torá. La postura naturalista, por su parte, pondría el énfasis en la actividad llevada a cabo por la comunidad respecto al acontecimiento de la revelación. La excepcionalidad judía debería ser entendida como un dato intrínseco a la historia cultural de la humanidad. Entre ambas posturas, Gillman menciona los puntos de vista intermedios de pensadores judíos contemporáneos como Franz Rosenzweig, Martin Buber, Abraham Heschel y Paul Tillich. Con Rosenzweig y Buber se habría vinculado la experiencia religiosa judía a los presupuestos existencialistas. Heschel postularía un pensamiento que alternaba entre la antropología y la teología. (Gershom Scholem se refería en su correspondencia con Leo Strauss a las “sandeces” de Heschel.) Tillich habría elaborado una interpretación de la religión que se centraba en su faceta simbólica. Su influencia, así como la de Will Herberg, se hace notoria en el punto de vista general desde el que Gillman ha concebido *Fragmentos sagrados*: “Este autor —el propio Gillman— considera que tanto la opción tradicionalista como la postura de Mordejai Kaplan son problemáticas, ya sea en el campo teológico como en el pragmático, aunque por motivos claramente diferentes. La postura intermedia, a pesar de estar lejos de ser clasificada como inexpugnable, es la más satisfactoria del grupo. Es esta postura, y especialmente la tercera versión de la misma, la que estará al frente del resto de este volumen” (p. 78). Herberg, a quien Gillman escuchó directamente, había tratado de examinar el “escándalo de la particularidad” de la religión bíblica, pero fue Tillich quien pondría las bases para considerar el judaísmo según la elección de los mitos que confieren mayor significado a su concepción del mundo. El mito, subraya Gillman, no es una leyenda o ficción, sino una estructura que facilita la comprensión del sentido de las cosas. El pueblo judío habría elegido reiteradamente sus mitos esenciales, tal como advierte Gillman, de nuevo, respecto a la revelación: “Aquellos de nosotros que no aceptamos una visión literal de la revelación, la consideramos como el símbolo central del complejo mito judío”. (Con esa perspectiva, incluso el trabajo sobre el mito de Hans Blumenberg podría contribuir a valorar la eficacia particular del “mito judío”).

Esa complejidad es la que se habría propuesto analizar el autor en la serie de capítulos de *Fragmentos sagrados* que abordan conceptos judíos como la revelación, la autoridad religiosa, el sufrimiento, los rituales o el fin de los días, y que tratan también la noción de la presencia o existencia de Dios en relación con conceptos filosóficos como el empirismo, el racionalismo o el existencialismo. En realidad, la absorción de la terminología filosófica en una obra dedicada a recuperar la teología judía no debería de sorprender a los lectores que estén familiarizados con el largo trato que ha mantenido la tradición filosófica occidental con la teología cristiana. Sin embargo, a esa discrepancia entre la teología del judaísmo y la teología del cristianismo es a la que habría que atender antes de apreciar, desde un punto de vista judío o filosófico, el mérito de una exposición como la de Gillman. En este punto habría que admitir que fue una bendición, como afirmó Fackenheim, que Leo Strauss (a quien no se menciona en *Fragmentos sagrados*) viviera y enseñara. El hecho de que la fe en la revelación fuera



LIBROS



NEIL GILLMAN
Fragmentos sagrados.
Recuperando la teología para el
judío moderno

comprendida en los términos de la Ley marcaría la relación de los filósofos judíos con los textos sagrados de su religión; el hecho de que hubiese generado en primer lugar una teología en el mundo cristiano habría complicado su relación con la filosofía. Gillman habría omitido legítimamente esa distinción al dedicarse sólo a esclarecer una comprensión del judaísmo en la que “el trabajo de Maimónides y el de Kaplan” se han convertido “en parte del texto del *midrash* para las generaciones futuras”. Esta lectura favorecería, como hemos indicado, la continuidad —y la noción de *midrash* como proceso antes que como resultado— frente a la extemporánea discontinuidad que habría caracterizado la relación entre la filosofía y el judaísmo, y que volvería controvertida la denominación misma de “filosofía judía”. Las páginas de Gillman buscan desde el principio a su público (al que ofrece la perspectiva de otros estudios adicionales), pero ningún público debería descuidar, no obstante, las cuestiones que suscitan el uso y la resonancia de los conceptos filosóficos. “¿Hasta qué punto aceptamos modificar la Torá según las condiciones de la modernidad?” Extraída de la argumentación, esa pregunta evoca con igual urgencia la de si no se ha modificado o tergiversado también el concepto mismo de filosofía “según las condiciones de la modernidad”; y la respuesta a ese interrogante no admitiría, en todo caso, la restricción previa de “la teología para el judío moderno”.

Javier Alcoriza